

Los enigmas de Halperin Comentario al artículo de Fabio Wasserman¹

Marcela Ternavasio²

Artículo recibido: 30 de mayo de 2017
Aprobación final: 30 de septiembre de 2017

El subtítulo que da comienzo al texto de Fabio Wasserman me invita a reflexionar sobre la atracción de nuestro homenajeado a explorar la historia en clave de *enigmas*. Como sabemos, un enigma es aquello que resulta oscuro, difícil, cuando no imposible de comprender y que desafía a quien se empeña en descifrarlo a una apuesta personal de interpretación. Domingo F. Sarmiento abrió, en este sentido, una forma de interrogar el presente y el pasado al plantear que Rosas “nos propone el enigma de la organización política de la república” y destinó su *Facundo* a decodificar el “secreto” que desgarró “las entrañas de un noble pueblo” (Sarmiento, 1963: 13). En la misma línea se podría decir que Tulio Halperin Donghi dedicó gran parte de su vida a develar “la clave del enigma argentino” (Halperin Donghi, 2008: 306).

Fernando Devoto, en un iluminador ensayo, destaca que Halperin se atuvo siempre a la perspectiva historicista que coloca en el centro al historiador y sus preguntas para dilucidar “los enigmas que lo llevaron a plantearlas”. Nos recuerda, así, que cuando se lo interrogaba acerca de un libro o documento que no había consultado solía responder que “había ido hasta donde había considerado suficiente para resolver convincentemente el

¹Agradezco la lectura que Carlos Altamirano y Roy Hora hicieron a la primera versión de este texto. Sus agudas sugerencias y comentarios me ayudaron a repensar muchas de las cuestiones desarrolladas en estas páginas.

²Universidad Nacional de Rosario/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH), Argentina.

problema" (Devoto, 2015: 22). La historia, y en especial la historia argentina, fue para nuestro autor una cantera de desafíos constantes que lo estimularon a colocar preguntas nuevas y complejas y a intentar responderlas desde dimensiones insospechadas. Su atracción, sin embargo, por plantear dichas preguntas en términos de enigmas se hizo mucho más recurrente en el último tramo de su vida. Con distintos estatutos, alcances y densidades los presentó en contribuciones de diferente calado.

En esa tarea por resolver problemas, misterios o enigmas históricos no es preciso volver a insistir sobre el papel crucial que nuestro autor le otorgó a los letrados e intelectuales para comprender la vida política y social. Así lo relevan las variadas trayectorias que eligió examinar en su prolífica obra centrada en autores destacados y canónicos como también en figuras menores o no tan evidentes, como subraya Wasserman.

En el marco del período y de los libros que fueron objeto de análisis del panel en el que se presentó la primera versión de este comentario, *José Hernández y sus Mundos* es, tal vez, el ejemplo más paradigmático de esta manera de leer la historia en clave de enigmas. Ha sido ya numerosas veces citado que Halperin advierte allí que "si su vida encierra grandes y pequeños enigmas [...], contiene en rigor un solo misterio: qué hizo de este periodista del montón, de este participante de segunda fila en la enmarañada vida política de su tiempo, el autor de *Martín Fierro*" (Halperin Donghi, 1985a: 9). A descubrir ese misterio está dedicada la exhaustiva investigación que realiza sobre la vida política y cultural en las décadas de 1860 y 1870; una investigación que, como ha indicado Alejandro Eujanian, presenta la particularidad de estar concentrada en un hombre y su obra y que registra como único antecedente hasta el momento en que la publicó el menos voluminoso libro de juventud sobre *El pensamiento de Echeverría* (Eujanian, 2011: 220).

En otros casos, el interés por abordar la vida intelectual y política fue tratado en contextos más corales, como en *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo* o *Una Nación para el desierto argentino*. Allí, la pluma de Halperin no se detiene a postular enigmas sino a presentar formas de enfocar los problemas en dos momentos cruciales que marcaron el siglo XIX. Esas formas, sin embargo, están siempre subtendidas por el misterio que encierra la opacidad del vínculo entre ideas y acción política. En tal sentido, sabemos que no hubo en esa pluma un afán o vocación por establecer tradiciones

de pensamiento sino más bien un deliberado interés por exhibir las variaciones que esas tradiciones presentan a través de quienes las encarnaron y por desentrañar el complejo lazo entre elites letradas y dirigencias políticas.

Tradición Política española es una temprana y oportuna expresión de ese modo peculiar de enfocar los problemas al someter a crítica las “complicadas genealogías ideológicas” habitualmente trazadas para entender la revolución (Halperin Donghi, 1985b: 118). Si bien la obra estuvo básicamente destinada a recusar las versiones hispanistas que buscaban inscribir el fenómeno en los legados de tratadistas españoles que son allí objeto de minuciosa indagación, al penetrar en los variados horizontes de ideas que precedieron a 1810 concluye con lo que adelanta en el prólogo: que la novedad radical de la revolución debe buscarse en “el papel que en la concreta historia de la comunidad que la elabora cumple el movimiento revolucionario mismo” (Halperin Donghi, 1985b: 11). La cita de Tocqueville preanuncia su enfoque al afirmar que si de las concretas conclusiones que expone el autor en *El antiguo régimen y la revolución* “puede quedar muy poco en pie; queda de su obra la enseñanza de un modo nuevo de estudiar la revolución, hecho posible porque Tocqueville quiso pasar del estudio de discursos, proclamas y constituciones a la densa realidad francesa de 1789” (Halperin Donghi, 1985b: 12). Como indica Darío Roldán en un estudio reciente, Halperin advertía, como Tocqueville, que el vínculo entre los discursos y las acciones no es de ningún modo transparente (Roldán, 2016: 50).

Casi dos décadas después retomará esta perspectiva en *Una nación para el desierto argentino*, donde el coro de voces que discute los proyectos de nación tiene nuevamente a la elite letrada como protagonista (Halperin Donghi, 2005). La operación que preside el análisis en ambos libros parece seguir el mismo guión. La reconstrucción del pensamiento de los miembros de una reducida elite letrada le permite a Halperin ir más allá del debate de los argumentos de quienes enuncian sus ideas para penetrar en la comprensión del contexto —especialmente político— en el que se producen. Si en *Tradición política* se ocupa entonces de “la noción de revolución” porque ella está “en el punto de partida de toda la historia de la Argentina como nación” (Halperin Donghi, 1985b: 119), en *Una nación* se interroga sobre cómo la Argentina enfrentó la titánica tarea de construir un Estado central. Halperin subrayaba este punto al afirmar que para construir una nueva nación la elite letrada deberá

aprender que “antes que ésta –o junto con ella– es preciso construir el Estado” (Halperin Donghi, 2005: 33). En el prólogo a la edición de 2005, Roy Hora destaca que el énfasis en esta perspectiva, centrada en la experiencia de los hombres de letras decimonónicos, invita a descubrir que en la narración de esas trayectorias en las que se ofrece un relato sobre la historia política de la organización nacional se advierte un cambio de registro conceptual que transita de la sociedad a la política como principal dominio de explicación del proceso histórico, donde el Estado aparece más nítidamente como un actor y agente de cambio (Hora, 2005).

En *El espejo de la Historia*, que recoge artículos escritos entre 1976 y 1986, Halperin confiesa el reencuentro que tuvo con una Hispanoamérica que, como objeto de estudio, miraba desde la distancia y atravesada por la reciente experiencia del terrorismo de Estado. Allí hace explícita la complicada relación que siempre exhibió la historia argentina con la historia hispanoamericana de la que forma parte y en uno de esos ensayos, particularmente iluminador, reaparece la curiosidad por develar algunos de los misterios que recorren ese complicado vínculo. En “La imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre” reconstruye la imagen clásica del libertador venezolano como rival de San Martín e intenta develar el enigma de por qué “y pese a la ruina total de sus fundamentos, la visión de Bolívar codificada por Mitre no fue reemplazada por otra” (Halperin Donghi, 1987a: 137). La respuesta es, por un lado, historiográfica, al reconocer que para el momento en el que escribe el artículo “el entero proceso de emancipación sudamericano” había dejado de ser por largas décadas objeto de auténtica reflexión histórica; y, por otro lado, política, al admitir que esa imagen sirvió de correlato mítico a un Estado crecientemente autoritario, tanto en su versión argentina como venezolana (Halperin Donghi, 1987a: 137). El misterio planteado inicialmente en el ensayo se cierra con la oportuna recuperación que hace de Borges, cuando el célebre escritor elige por tema el enigma de Guayaquil. La clave a la que recurre Borges en su cuento para proponer en la ficción una lectura del misterio que rodeó a la mítica entrevista le permite a Halperin constatar la sobrevivencia de esa imagen argentina negativa del libertador venezolano y la persistente dificultad de la historia argentina, desde sus orígenes, por abandonar la “fe en un destino excepcional” que venía a diferenciarla del resto de Hispanoamérica (Halperin Donghi, 1987b: 12).

Ahora bien, para continuar con las contribuciones del siglo XIX, es en el título de su último ensayo donde la carga semántica de la noción de enigma se hace más explícita. La doble dimensión que para el autor encierra *El enigma Belgrano* es historiográfica y a la vez personal (Halperin Donghi, 2014). La primera se recorta en torno a la pregunta acerca de cuáles son las razones que explican que este personaje, a pesar de todas sus *fallas*, ocupe un lugar de excepción, nunca impugnado, en el panteón de Padres de la Patria; la segunda se recorta sobre la pregunta acerca de las razones que, como historiador, lo impulsaron a encarar tardíamente aquella trayectoria, luego de más de tres décadas de habérselo propuesto en un artículo de 1981 publicado en *Revista Mexicana de Sociología* (Halperin Donghi, 1981). Sobre la primera dimensión, el autor nos deja con la expectativa de un mayor desarrollo acerca de la recepción que habrían tenido las reconstrucciones posteriores sobre el “héroe”, y sobre todo el papel asignado en ellas al “aval de Dorrego”, para redimir las “fallas” que supo cosechar en su carrera revolucionaria. Una expectativa que si para muchos quedó insatisfecha se debió, seguramente, a los avatares de ese año 2014 que Halperin (creo) podía percibir como señales de una despedida.

Pero me interesa detenerme un momento en la segunda dimensión señalada. Según confiesa Halperin, a pesar de haber estado mucho más familiarizado con los textos de Belgrano que con los del Deán Funes a comienzos de los años 1980, el perfil del primero se le desvanecía a cada paso (Halperin Donghi, 2014: 23). Esta evanescencia explica su decisión de “eliminarlo del elenco de personajes cuya trayectoria” había enunciado indagar en aquel ensayo y “la razón por la cual su nombre se buscaría en vano en *Letrados y Pensadores*” (Halperin Donghi, 2014: 24). Retomando las palabras de Wasserman, el examen “descarnado e impiadoso” que hace sobre Belgrano nos conduce a pensar que Halperin buscó allí, de manera explícita y deliberada, destronar al personaje ya no sólo –o no tanto– del panteón de Padres de la Patria sino del espacio que habitualmente se le asigna dentro del panteón de Letrados. Y para explorar las razones que fundamentan tal destronamiento, Halperin escoge como clave interpretativa la dinámica interna de su familia.

Como sabemos, no es sólo en *El enigma Belgrano* donde nuestro autor le dedica un papel relevante a las tramas familiares. Wasserman destaca, en esta dirección, que las

experiencias y tradiciones familiares que incluye en sus exploraciones sobre letrados e intelectuales no son habitualmente tratadas por los estudios recientes. Halperin analiza esas tradiciones y experiencias según los vínculos relacionales y posiciones alcanzadas por sus personajes en la sociedad en la que están inmersos, pero muy atento también a las expectativas personales que podían desplegarse en las carreras que cada uno encaraba dentro del sujetamiento que suponen esas redes. Las tramas que teje entre contextos socio-políticos y experiencias individuales, sometidas siempre a las contingencias históricas, se exhiben de manera magistral en las figuras cristalizadas en *Letrados y Pensadores*.

La clave familiar, muy presente en el análisis de esas trayectorias, no alcanza sin embargo a tener el potente espacio que le otorga en el itinerario vital de Belgrano. En este caso, el papel y las expectativas que los padres depositaron en él y el modo en que ese hijo internalizó, actuó y mantuvo vivo el mandato paterno ocupa un lugar central en el ensayo. Casi en términos psicoanalíticos, Halperin afirma que la clave del enigma Belgrano “debemos buscarla en el mismo Belgrano” (Halperin Donghi, 2014: 34). Es en este punto donde Halperin parece desplazar su enunciado interés por explicar el enigma historiográfico sobre el lugar de excepción ocupado por el personaje en el panteón de Padres de la Patria para inclinarse hacia un relato que busca dejar en evidencia el sobrevalorado papel que se le asignó como pensador y letrado en su inicial carrera como funcionario de la Corona. El cruce que realiza entre el intercambio epistolar dentro del núcleo familiar y el testimonio autobiográfico viene a constatar el desencanto del personaje con un presente que no se condice con la imagen que en el pasado reciente se había forjado en torno al futuro.

Constataciones parecidas harán las figuras que desfilan en *Letrados y pensadores*, donde los textos autobiográficos constituyen el principal corpus documental. Halperin busca en ellos “testimonios del modo en que esos autores concibieron su inserción específica en las sociedades en las que actuaron” (Halperin Donghi, 1987a: 53). Los misterios que encierran esas trayectorias se fraguan en un tópico que recorre todo el libro: la oscilación entre la búsqueda del reconocimiento que cada uno de estos personajes consideraba merecer y la decepción que los asalta cuando constatan la asimetría existente entre expectativas y realidad. Tal asimetría expresa ya no sólo los desencantos de

experiencias individuales sino la profunda metamorfosis ocurrida durante el siglo XIX, cuando la figura del letrado colonial se transformaría en la del intelectual moderno. El género autobiográfico es, pues, en este caso, la vía de entrada para iluminar las percepciones que encarna una elite letrada acerca de un mundo que se va transformado vertiginosamente frente a sus ojos y cuyo enigma más profundo reside en descubrir las razones de una marginalidad no prevista ni deseada: “el nuevo orden que habían contribuido a instaurar no les había reservado el lugar que habían creído destinados a ocupar en él” (Halperin Donghi, 2013: 561).

En el prólogo de *Letrados y pensadores*, Halperin se interroga en qué momento se le ocurrió que en las anotaciones que iba tomando de testimonios autobiográficos podía haber tema para un libro. Y su respuesta, luego de rendir tributo a las pistas que su amigo Adolfo Prieto le proporcionó en 1962 al publicar *La literatura autobiográfica argentina*, recalca en los avatares personales que signaron su carrera: “me parece excesivamente presuntuoso proyectar esta compleja problemática sobre el trasfondo de un apocalíptico cambio de época para explicar una aproximación a la de la autobiografía que, si como fuera mi caso, hubiera seguido sin duda un rumbo diferente en un marco distinto, en el que me tocó en suerte lo debió casi todo a las tanto menos grandiosas vicisitudes de una carrera de historiador que iba a avanzar a la deriva en medio de esa durísima transición” (Halperin Donghi, 2013: 561). No hace falta recordar que el momento de inflexión de esa deriva fue 1966.

Llegados a este punto —e invadiendo el terreno temático discutido en otro de los paneles del encuentro que dieron origen a las intervenciones aquí reunidas y que es el foco de análisis del texto presentado por Sylvia Saitta— es imposible escapar a *Son memorias*, cuando el historiador desplaza el género autobiográfico a su propia vida y decide dejar testimonio de su trayectoria hasta los años ‘50. Carlos Altamirano le ha dedicado un agudo ensayo a *Son memorias*, titulado “La novela de formación de un historiador”, donde ofrece pistas para trazar ciertos paralelos con algunas de las cuestiones expuestas hasta aquí (Altamirano, 2012). La primera es, sin duda, la que responde a la pregunta inicial de Altamirano: “¿por qué alguien se resuelve a escribir sus recuerdos?” (Altamirano, 2012). La “notoriedad ganada” —en este caso en el campo historiográfico y cultural argentino— era

un dato del que Halperin nunca se vanagloriaba pero que asumía casi como un mandato natural. La segunda son los recaudos que, como historiador, se ve compelido a tomar, tratándose, por otro lado, de un experto en el uso de la literatura autobiográfica. Aquí Halperin parece desplegar una operación similar a la que implementó con sus personajes del siglo XIX: recupera la dimensión subjetiva del recuerdo individual, lo somete a la prueba de otras memorias y testimonios y ofrece un exquisito relato de las transformaciones sociales y políticas experimentadas por nuestro país en las décadas de 1930 y 1940. La tercera es la clave familiar. El papel que ocupa esa familia de clase media que compartía con el resto la aventura del ascenso, pero que se distinguía por el capital cultural que poseía y, sobre todo, por la voluntad de legar a su hijo ese capital, es muy potente en la reconstrucción de Halperin. En esta dimensión, y salvando las obvias distancias, se insinúa el guión que preside la exploración de sus letrados. La dinámica familiar, los linajes y redes en los que se inserta esa dinámica, el destino que nutre desde la niñez a un personaje, y la visión desilusionada que emana de la reconstrucción autobiográfica, son algunos de los temas que lo jalonan. Halperin pareciera encarar su empresa autobiográfica como un modo de descubrir en el proceso de escritura los misterios que hicieron que este hijo de familia de clase media de origen inmigrante (con ascendencia judía e italiana) alcanzara a ocupar el lugar expectante que sus padres aspiraron para él y que luego *otros padres* muy influyentes ratificarían. En la introducción confiesa que al abordar sus recuerdos se encontró con una situación inesperada al dar con un tono que reconoce distinto al que había utilizado hasta entonces para abordar la historia y que sin duda le despertó mucho entusiasmo. Pero ese entusiasmo no deja de ocultar la desilusión que subtiende el relato.

Y he aquí donde regresa la figura del enigma. Altamirano cierra su ensayo con una sugerente reflexión, al citar la relación problemática que Halperin confiesa tener con la etapa en la que cree “escondida la clave del enigma argentino”, cuando los recuerdos de su infancia y adolescencia se cruzan con su oficio de historiador. Se trata, por cierto, del gran enigma que desveló a nuestro autor, de aquel que gira en torno a la pregunta sobre por qué a la Argentina del siglo XX le fue tan mal, y sobre el cual –o a partir del cual- se tejen los problemas, misterios o enigmas menores que jalonan su obra. Altamirano pone así en diálogo *La República imposible* y *Son memorias* para interrogarse sobre cuál es el “enigma argentino”. El autor nos dirá que “no parece ser otro que el del fracaso del designio

progresista” del que nuestro país se apartó a partir de la década de 1940 (Altamirano, 2012). En sus ensayos sobre la Argentina contemporánea Halperin volverá una y otra vez sobre el *enigma peronista* (Devoto, 2015: 31), donde parece seguir las huellas de Sarmiento –un autor por quien experimentaba una reconocida admiración– cuando colocaba a Rosas como enigma de la organización política de la república. El cierre de *Revolución y guerra* rinde tributo a esa clave al advertir que “tal como entrevió Sarmiento, la Argentina rosista [...] era la hija legítima de la revolución de 1810” (Halperin Donghi, 2002: 404).

En este punto cabe preguntarse de quién era hija la Argentina peronista. La contribución de Roy Hora en este mismo volumen ofrece una sugerente interpretación al destacar que en la línea argumentativa de Halperin “el principal fenómeno político de la segunda mitad del siglo XX no debe pensarse como una ruptura radical sino como una deriva posible dentro de las formas de hacer política vigentes en el país en el momento de su ascenso”. La “década infame”, en esta línea remarcada por Hora, fue decisiva porque definió los contornos del enigma argentino al alejarse el país de la senda liberal que supo por tantas décadas mantener su capacidad hegemónica y al verse sometido el sector mayoritario de la población a la humillante experiencia del fraude que impusieron los grupos dirigentes de la República.

Así, el enigma de un país que desvió la marcha a la que se suponía destinado y que se superpone al de una trayectoria vital que, como la de Halperin, también desvió su marcha a la que su protagonista suponía estaba destinada encuentran otro punto de inflexión en 1966. Según destacó Martín Prieto en un estudio reciente, se trató de un momento dramático y doloroso que sin embargo se presenta *elusivo*. Como Altamirano, Prieto pone en diálogo *La república imposible* y *Son memorias*, pero en este caso para subrayar lo que Halperin “no dice” en ellas; a saber, que “la herida masiva y no cicatrizada de 1930” se reabre en 1966, “una fecha parteaguas en la historia política y cultural de la Argentina a la que la tragedia de los años venideros colocó en un sombrío segundo plano y a la que sus mismas víctimas prefirieron, discretamente, ni nombrar” (Prieto, 2016: 96).

El destierro, que fue para Halperin un motivo de constante melancolía, deja abierto para nosotros el enigma con el que seguramente él convivió: ¿cómo hubiera sido el impacto y la incidencia de su figura en la historiografía argentina si ese rumbo no se hubiera torcido

llevádoselo al exilio para siempre? Estamos ante un interrogante que muchos nos hemos hecho y que invierte a través de su formulación contrafáctica la pregunta central que recorre el texto de Fabio Wasserman. Si bien el contrafáctico no deja más lugar que al juego de una imaginación verosímil, sí sabemos, y esto no es un enigma, sobre la incidencia que el propio Halperin se propuso tener sobre nuestra historiografía. Su contribución apuntó tanto a la consolidación de un campo en vías de profesionalización como a la advertencia sobre los vicios y desviaciones que esa consolidación traía consigo. Cuando señalaba los riesgos de este proceso compensaba su escepticismo constatando que “es a la vez sorprendente y reconfortante descubrir que en cada promoción de estudiantes hay siempre más de uno (o una) que une a su agudeza de mente y rica imaginación histórica la seguridad de que *no puede escapar a su destino de hacer historia*, y es ésa la mejor razón para esperar que el futuro depare cosas buenas para la historiografía argentina” (El historiador y la tradición, abril de 2010).

Nuevamente emerge la idea de no poder *escapar a un destino* que, como el suyo, estuvo abocado a la historia. Y, como sabemos, estamos ante el destino de un personaje excepcional, que supo asumir siempre ese lugar de excepción, que desde ese lugar decidió trazar los lazos con las generaciones siguientes para incidir deliberadamente en ellas y que esperó encontrar entre los más jóvenes su misma apuesta personal con la historia. Una apuesta que en sus últimos días miraba con ojos escépticos y desencantados al reconocer que en “este inhóspito tercer milenio [...] debemos vivir en un mundo que ha cesado de sernos comprensible” (Halperin Donghi, 2014: 113).

Queda pues pendiente la pregunta, que seguramente no podremos responder, acerca de por qué se volvieron más enigmáticos ciertos personajes, acontecimientos y procesos en el tramo final de su vida, y evaluar si ese tipo de apuesta intelectual es transmisible. Es decir, si estamos a la “altura de los tiempos” para estimular una reflexión histórica que en el fragor de la creciente profesionalización pueda ser capaz de evitar lo que advierte Wassermann: “la escasa consideración de las relaciones entre las distintas parcelas del conocimiento que cultiva cada uno de los miembros”. En suma, queda pendiente si más allá de las indudables influencias que Halperin legó a la nueva historiografía, marcada por una agenda que no puede dejar de contemplar los problemas que dejó formulados, somos capaces de asumir nuestra tarea como una pasión por descifrar enigmas.

Bibliografía

(Abril de 2010). El historiador y la tradición. *Revista Ñ*, núm. 343.

Altamirano, C. (2012). La novela de formación de un historiador. En *Estudios Sociales*, núm. 42, 2012.

Devoto, F. (2015). Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos. En *Prismas*, núm. 19.

Eujanian, A. (2011). La renovadora lectura de un clásico. En *Prismas*, núm. 15.

Halperin Donghi, T. (1981). Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica. En *Revista Mexicana de Sociología*, XLIX, 1.

Halperin Donghi, T. (1985a). *José Hernández y sus Mundos*. Buenos Aires: Sudamericana.

Halperin Donghi, T. (1985b). *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*. Buenos Aires: CEAL.

Halperin Donghi, T. (1987a). La imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre. En Halperin Donghi, T. *El espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana.

Halperin Donghi, T. (1987b). Presentación. En Halperin Donghi, T. *El espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana.

Halperin Donghi, T. (2002). *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Halperin Donghi, T. (2005). *Una Nación para el Desierto Argentino*. Buenos Aires: Prometeo.

Halperin Donghi, T. (2008). *Son memorias*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Halperin Donghi, T. (2013). *Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Buenos Aires: Emecé.

Halperin Donghi, T. (2014). *El enigma Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Hora, R. (2005). Prólogo. En Tulio Halperin Donghi. *Una Nación para el Desierto Argentino*. Buenos Aires: Prometeo

Prieto, M. (2016). El elusivo Tulio Halperin Donghi. En Alejandro Eujanian y Marcela Ternavasio (comps.). *Halperin Donghi y sus mundos*. Rosario: FHUMYAR.

Roldán, D. (2016). Pensamiento político e independencia. Un cuarto de siglo celebrando un rumbo. En *Investigaciones y ensayos*, ANH, vol. 62, Número especial Bicentenario de la independencia 1816-2016, mayo de 2016.

Sarmiento, D. F. (1963). *Facundo*. Buenos Aires: Losada.

Los enigmas de Halperin. Comentario al artículo de Fabio Wasserman

Resumen

Comentarios al texto de Fabio Wasserman en el que se reflexiona sobre el peso que tuvo la obra de Halperin Donghi en la historiografía y asimismo se analiza el lugar que tuvieron los enigmas como clave de su pensamiento.

Palabras Clave: Halperin Donghi; Enigmas; Historia Intelectual; Historia argentina.

The Halperin’s enigmas. Comments to Fabio Wasserman’s essay

Abstract

Critical notes to Fabio Wasserman’s essay in which we reflect about the enigmas in Tulio Halperin Donghi’s work.

Keywords: Halperin Donghi; Enigmas; Intellectual History; Argentine History